

llamaba Borgoña y habían realizado prodigios de valor en el reino de Etzel.

En el tiempo de su poder, habitaban en Worms, sobre el Rhin: muchos nobles y valientes caballeros les sirvieron con honor hasta su muerte, más perecieron tristemente á causa de los celos de dos notables mujeres.

Uta se llamaba su madre, reina poderosa; y el padre Dankrat, que al morir les dejara una cuantiosa herencia, estaba dotado de grandísima fuerza; también en su juventud había conquistado inmarcesible gloria.

Como he dicho ya, los tres reyes eran valerosos, por lo que tenían á su servicio los mejores guerreros de que se había oído hablar, todos muy vigorosos y sumamente intrépidos en el combate.

Se llamaban Hagen de Troneja y su hermano el muy hábil Dankwart; Ortwein de Metz y los dos margraves Gere y Eckewart y Volker de Alceya dotados de un indomable valor.

Rumold, el intendente de las cocinas, era un guerrero distinguido; Sindold y Hunold debían dirigir la corte y las fiestas como vasallos de los tres reyes, los cuales tenían también en su servidumbre muchos héroes que no pueden enumerarse.

Dankwart era mariscal; Ortwein de Metz, su sobrino, sumiller del rey. Sindold, el guerrero escogido era copero, Hunold camarero: dignos eran todos de servir los más elevados empleos.

La verdad es que nadie podrá decir con exactitud cuan grande era el poder de aquella corte, la extensión de sus fuerzas, su alta dignidad y el valor de aquellos caballeros que sirvieron con alegría á sus jefes durante toda su vida.

Véase lo que Crimilda soñó: el halcón salvaje que domesticara empleando tantos días, lo vió estrangulado entre las garras de dos águilas y nada en la tierra podía causarle pesar tan grande.

Cuando refirió el sueño que había tenido á su madre Uta, ésta no pudo dar á su sencilla hija más que la explicación siguiente: «El halcón que tú domesticabas es un noble esposo, que si Dios no te lo conserva, habrás de perder muy pronto.»

«¿Qué me dices á mí de esposo, querida madre mía? Quiero vivir siempre sin el amor de un guerrero, á fin de que por ningún hombre pueda sentir la menor pena. Así pues permaneceré doncella toda mi vida.»

«No hagas votos tan anticipadamente, le respondió su madre; si en este mundo experimentas alguna vez la felicidad del corazón, ésta te vendrá por el amor de un esposo. Te vas haciendo una hermosa mujer; quiera Dios unirte á un buen caballero.»

«Dejad esa manera de hablar, madre muy querida: muchas mujeres pueden presentarse como ejemplo de que el amor tiene por continuación el sufrimiento. Quiero evitar los dos, para que nunca me pueda suceder una desgracia.»

Crimilda vivió feliz pensando de este modo, sin conocer á nadie á quien quisiera amar, pero despues y muy dignamente se hizo esposa de un noble caballero.

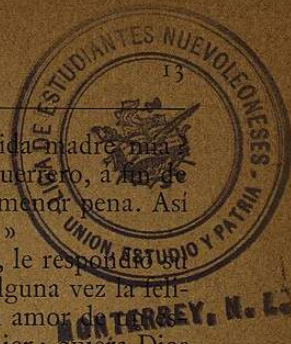
Aquel era el halcón que viera en el sueño que le explicara su madre. ¡Cuando lo mataron extremó su venganza en sus próximos parientes! Por la muerte de uno solo, perecieron los hijos de muchas madres.

## II.

## SIGFRIDO.

**P**OR aquel tiempo vivía en el Niderland, el hijo de un rey poderoso; su padre se llamaba Sigemundo, su madre Sigelinda y habitaban en una ciudad muy conocida situada cerca del Rhin: esta ciudad se llamaba Xanten.

¡No os diré cuan hermoso era aquel héroe! Su cuerpo estaba exento de toda falta y con el tiempo se hizo fuerte



é ilustre aquel hombre atrevido. ¡Ah! ¡cuán grande fué la gloria que conquistó en el mundo!

Aquel héroe se llamaba Sigfrido, y gracias á su indomable valor, visitó muchos reinos; por la fuerza de su brazo dominó á muchos países. ¡Cuántos héroes encontró entre los Borgoñones!

De su mejor tiempo, de los días de su juventud, pueden contarse maravillas que Sigfrido realizara; de mucha gloria está circundado su nombre, su presencia era arrogante y muchas mujeres hermosas lo amaron.

Lo educaron con todos los cuidados que merecía, pero por naturaleza tenía más sobresalientes cualidades; el reino de su padre adquirió fama por él, pues en todas las cosas se mostró perfecto.

Llegado que hubo á la edad de presentarse en la corte, todos deseaban verle; muchas mujeres y hermosas vírgenes anhelaban que su voluntad se fijara en ellas; todos le querían bien, y el joven héroe, se daba cuenta de ello.

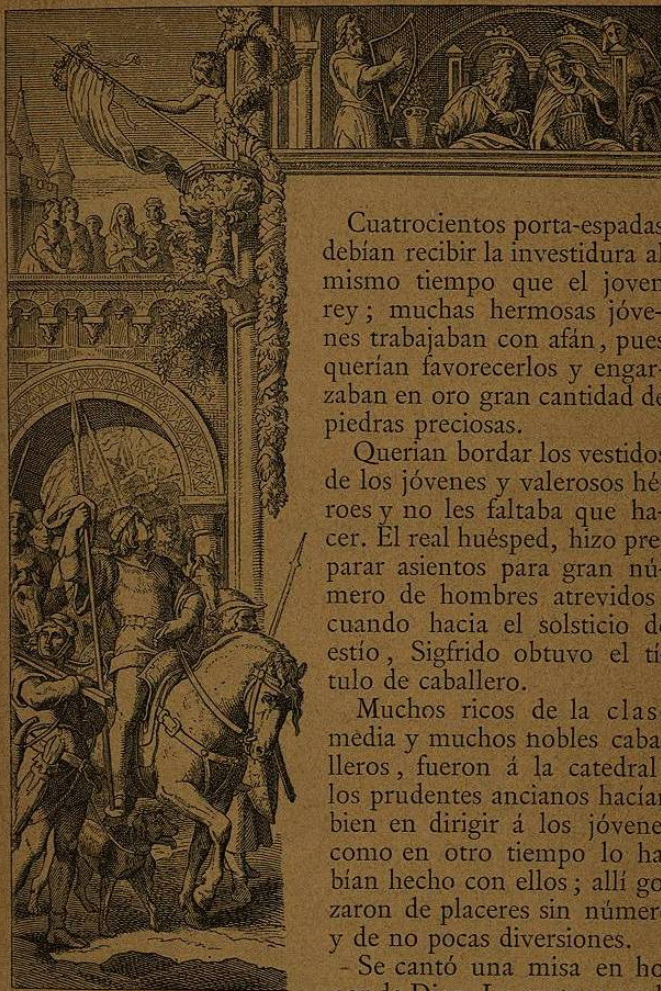
Muy pocas veces permitían que el joven cabalgara sin acompañamiento; riquísimos vestidos le dió su madre Sigelinda; hombres instruídos que sabían lo que el honor vale, cuidaban de él: de esta manera pudo conseguir hombres y tierras.

Cuando llegó á la plenitud de la edad, y pudo llevar las armas, le dieron todo lo necesario: gustaba de las mujeres que saben amar, pero en nada se olvidaba del honor el hermoso Sigfrido.

He aquí que su padre Sigemundo hizo saber á los hombres que eran amigos suyos, que iba á dar una gran fiesta; la noticia circuló por las tierras de los demás reyes; daba á cada uno un caballo y un traje.

Donde quiera que había un joven noble, que por los méritos de sus antepasados pudiera ser caballero, lo invitaban á la fiesta del reino y más tarde todos ellos fueron armados al lado de Sigfrido.

Grandes cosas podrian contarse de aquella fiesta maravillosa. Sigemundo y Sigelinda merecieron gran gloria por su generosidad: sus manos hicieron grandes dádivas, y por esto se vieron en su reino á muchos caballeros extranjeros que los servían con gusto.



Cuatrocientos porta-espadas debían recibir la investidura al mismo tiempo que el joven rey; muchas hermosas jóvenes trabajaban con afán, pues querían favorecerlos y engarzaban en oro gran cantidad de piedras preciosas.

Querían bordar los vestidos de los jóvenes y valerosos héroes y no les faltaba que hacer. El real huésped, hizo preparar asientos para gran número de hombres atrevidos, cuando hacia el solsticio de estío, Sigfrido obtuvo el título de caballero.

Muchos ricos de la clase media y muchos nobles caballeros, fueron á la catedral: los prudentes ancianos hacían bien en dirigir á los jóvenes como en otro tiempo lo habían hecho con ellos; allí gozaron de placeres sin número y de no pocas diversiones.

Se cantó una misa en honor de Dios. La gente se agolpaba en numerosos grupos cuando llegó la hora de armar caballeros, según los antiguos usos de la caballería, á los jóvenes guerreros, y se hizo con tan ostentosos honores, como nunca hasta entonces se había visto.

Inmediatamente se dirigieron ellos al lugar en que se hallaban los corceles ensillados. En el patio de Sigemundo el torneo era tan animado, que las salas y el palacio entero retemblaban. Los guerreros de gran valentía hacían un ruido formidable.

Podían escucharse y distinguirse los golpes de los expertos y de los novicios, y el ruido de las lanzas rotas que se elevaba hasta el cielo; los fragmentos de muchas de ellas despedidos por las manos de los héroes, volaban hasta el palacio. La lucha era ardiente.

El real huésped les mandó cesar; retiraron los caballos y sobre el campo pudieron verse rotos muchos fuertes escudos; esparcidas sobre el verde césped brillaban muchas piedras preciosas, así como también las placas de las bruñidas rodelas. Todo aquello era resultado de los violentos choques.

Los convidados por el rey tomaron asiento en el orden señalado de antemano. Sirviéronse con profusión ricos manjares y vinos exquisitos, con lo que dieron al olvido sus fatigas. No fueron pocos los honores que se hicieron lo mismo á los extranjeros que á los hijos del país.

El día entero lo pasaron en alegres goces: allí aparecieron multitud de personas que no estuvieron desocupadas, pues mediante recompensa, sirvieron á los ricos señores que se encontraban en la fiesta. El reino entero de Sigemundo fué colmado de alabanzas.

El rey dió al joven Sigfrido la investidura de las ciudades y de los campos, de la misma manera que él la había recibido. Su mano fué pródiga para los demás hermanos de armas, y todos se felicitaron del viaje que habían hecho hasta el reino aquel.

La fiesta se prolongó durante siete días: Sigelinda la rica, perpetuando antiguas costumbres, distribuyó oro rojo por amor de su hijo, al que deseaba asegurar el cariño de todos sus súbditos.

En el país no volvieron á encontrarse pobres vagabundos. El rey y la reina esparcieron por doquier vestidos y caballos, lo mismo que si no les quedara más que un día

de vida. Creo que en ninguna corte se desplegó tanta magnificencia.

Los festejos terminaron con ceremonias dignas de general alabanza. Muchos ricos señores dijeron después de aquel tiempo, que hubieran querido tener por jefe al gallardo príncipe, pero Sigfrido el arrogante joven, no sentía tales deseos.

Por mucho que vivieron Sigemundo y Sigelinda, nunca el hijo querido de ambos ambicionó ceñir la corona; aquel guerrero bravo y atrevido, quería ser solo el jefe para afrontar todos los peligros que pudieran amenazar al reino de su padre.

Nadie se atrevió á insultarlo nunca y desde que tomó las armas, apenas si se permitió reposo aquel ilustre héroe. Los combates eran su alegría y el poder de su brazo le hizo adquirir nombre en los países extranjeros.

### III

#### DE COMO SIGFRIDO LLEGÓ HASTA WORMS.

**N**INGÚN pesar de amor torturaba al novel caballero, más oyó decir que vivía en Borgoña una hermosa joven que parecía hecha á deseo, y esto le hizo experimentar muchas alegrías y muchas calamidades.

Hasta muy lejos había llegado el conocimiento de aquella extraordinaria belleza, así como también el de los altos sentimientos de que más de un héroe había encontrado poseída á la joven: por esto llegaron muchos extranjeros al país de Gunter.

Por más que gran número de ellos habían solicitado su amor, Crimilda no podía resolverse á elegir uno para